

La Pasión de Jesús en la música

Cada año, con el comienzo de la Cuaresma, el pueblo cristiano se va preparando con diversos actos a celebrar la Pascua, el misterio cumbre del cristianismo, la muerte y resurrección de Jesucristo. Bien es cierto que en la actualidad, debido al secularismo reinante, el ambiente cuaresmal se nota menos a nivel social que en años no muy lejanos, pero con todo las distintas Cofradías y Hermandades penitenciales, convocan a sus miembros a las celebraciones religiosas y a los cultos que cada hermandad organiza, antes de los desfiles procesionales, con fin de ayudar a sus miembros y asociados a vivir con mayor profundidad el misterio pascual.

La música no está ausente en las celebraciones de este tiempo de pasión, y se manifiesta de muy diversas maneras: Cantos populares para estos ejercicios piadosos, marchas religiosas para los desfiles procesionales, saetas en los que el pueblo expresa sus sentimientos de dolor ante las imágenes de pasión y los grandes compositores han tratado el tema de la pasión de Cristo en sus composiciones, como lamentaciones, responsorios propios de este tiempo, canto del salmo Miserere, y en el canto del relato de la pasión según cuentan los evangelistas. En este último aspecto nos vamos a fijar. A partir del siglo X, la Iglesia empieza a escenificar el relato evangélico, intercalando cantos antifonales con los diálogos de los personajes de la pasión: Jesús, Caifás, Judas, Pilatos, Herodes, entre las tres Marías y el ángel, imitando las representaciones del ciclo de Navidad, pasando esas representaciones de Navidad y pasión con el tiempo, del interior de las Iglesias a las plazas, contribuyendo de esa forma al renacer del teatro.

La Historia de la pasión comenzó a cantarse a principios del siglo XIII o XIV, primero en latín sobre el texto de los evangelistas en los cuatro días primeros de Semana Santa, en forma de canto llano, el canto se distribuía entre tres cantores clérigos; un diácono desempeñaba el papel de recitador o cronista de la historia e interpretaba la parte del Evangelista con un registro medio de voz; otro sacerdote o diácono cantaba las palabras de Jesús, usando una expresión profunda y solemne y un tercer cantor y coro de cantores con un registro más agudo, que interpretaba las palabras del pueblo, llamándose a esta última parte, las Turbae de la Pasión y estaba musicada a varias voces.

Posteriormente comenzó a cantarse la pasión en lengua vulgar a partir del siglo XVI, siendo su iniciador John Walther en 1530.

A partir de esta época el canto de la pasión se desarrolla en dos formas, en latín para las celebraciones litúrgicas y en lengua vulgar, mezclada con trozos líricos, que eran como meditaciones piadosas para el culto protestante.

A partir de Schutz, la pasión se convierte en una gran cantata religiosa, con el Evangelista como cronista, pero las melodías y coros se desarrollan libremente sobre textos que solo imitan el Nuevo Testamento, y el coral mezcla y une a ellos los sentimientos religiosos y las expresiones líricas de la comunidad de fieles. La pasión se convierte en una rama especial de la música religiosa de Concierto. Tres pasiones escribió Schutz sobre los Evangelios de Mateo, Lucas y Juan.

Pero el maestro de la Pasión es J. S. Bach, con él adquiere el canto de la pasión su punto culminante. Este estudio de las pasiones de S. Juan y de S. Mateo quiere ser un homenaje al padre Bach en este año en que celebramos el 250 aniversario de su muerte. Existe una frase célebre de Nietzsche, en la que dice, que si alguien llegara a olvidar el cristianismo, podría reencontrarlo en la pasión según S. Mateo de Bach.

Según el Necrologio redactado por su propio hijo K. P. E. Bach, las pasiones compuestas por su padre, fueron cinco, una por cada uno de los evangelistas, mas uno de ellos repetido. Pero si nos atenemos a las partituras que han llegado hasta nosotros, la

cuestión es bastante dudosa, pues conservamos solo dos pasiones, la pasión según San Mateo y según S. Juan; ha llegado hasta nosotros el texto de la pasión según San Marcos, la música se perdió durante la 2ª guerra mundial; se conserva la pasión según S. Lucas, pero ciertamente no es obra de Bach, sino de otro autor aun no identificado y en cuanto a la quinta pasión existen solo suposiciones, pero muy frágiles y son mera hipótesis.

No fueron muy apreciadas estas composiciones, como en general la música de Bach por sus contemporáneos, en muy pocas ocasiones se interpretaron estas obras en vida de su autor, se preferían las pasiones de otros autores de aquel entonces de mucha menos valía, en 1829 hubo de rescatarlas del olvido y reestrenarlas Mendelsohn, pasando desde entonces a formar parte del repertorio religioso universal.

La pasión según S. Juan es una obra menos compleja que la de S. Mateo, se interpretó por vez primera en 1724. Es sin duda una obra genial, prematura, compuesta por Bach a los 37 años de edad, y tiene la profundidad y hondura propia del evangelio de S. Juan. Los solistas son cuatro, el coro es simple y la orquesta es menos rica que en la pasión de S. Mateo.

Está dividida en dos partes, en la primera se narra la traición de Judas, el prendimiento y las negaciones de Pedro. En la segunda parte presenta a Jesús ante Pilatos, la flagelación, la condena, crucifixión, muerte y sepultura de Jesús. Además comprende esta obra once corales, dos grandes coros, dos ariosi y ocho arias.

La pasión según S. Mateo es más grandiosa. Bach compuso esta obra en 1729, escuchándose por vez primera en ese año y ella es la visión profunda del drama de la pasión, que sólo un genio y un profundo creyente pueden realizar. Desde el punto de vista técnico esta obra contiene 78 números largos o cortos, cuya audición íntegra dura más de tres horas y está dividida en dos partes como la de S. Juan. Abarca la primera parte, casi todo el capítulo 26 de S. Mateo y la 2ª parte todo el capítulo 27 del mismo. Necesita la interpretación de esta obra, de dos coros completos, dotados cada uno de una orquesta distinta y que el autor trata en diálogo (cuatro voces opuestas a otras cuatro), que combina con una vasta polifonía a ocho voces, o que unifica en un coro reforzado a cuatro voces.

A esto se añaden numerosos solistas, el Evangelista en misión agotadora de narrador, Jesús acompañado siempre por majestuosas armonías de la cuerda, S. Pedro, Judas, Caifás, los sacerdotes, los falsos testigos, y para la parte puramente lírica, subjetiva, cuatro solistas que cantan las arias. Digno de mención en esta obra son los 17 corales de que consta. Todo concurre para ofrecernos un cuadro vivo, del ambiente que rodea a Jesús en su pasión, los gritos, los insultos de sus enemigos, junto con los llantos y las lágrimas de los suyos. Para ello, Bach echa mano de esos grandes coros y corales. Musicalmente hablando, las dos pasiones son dos cumbres insuperables de la historia de la música. La diferencia entre una y otra estriba, en que la pasión de S. Juan es más íntima, Bach parece indicarnos en esta obra la necesidad de la meditación y de la relación con Cristo mas que el aspecto doloroso y dramático de la Pasión. Al final canta el coro a Jesús, pidiendo que descanse en paz y concluye la obra con un coral en el afirma que la muerte de Cristo es la garantía para poder alcanzar el paraíso los creyentes.

En cambio en la pasión de S. Mateo, se subraya más el dramatismo, el dolor y sufrimiento de la pasión, y así al final, la Madre, María, con lágrimas de dolor contempla el cuerpo atormentado y traspasado por el suplicio de su Hijo y se lo confía al Padre para que descanse en paz en su seno.

Si Beethoven llegó a decir que a Bach había que escucharlo de rodillas, con cuánta más razón se podría aplicar a la escucha de estas sublimes obras. Sin ninguna duda, el arte en

general y la música en particular puede llevarnos a penetrar en lo más hondo del misterio de la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús que en estos días conmemoramos.
Alfonso Medina Crespo.